

HEMOS PERDIDO LA INICIATIVA

Carlos A. Gutiérrez



HEMOS PERDIDO LA INICIATIVA

Anillo gigante

Franja negra en el cielo

Sombra en la Tierra

Sam Abramoff cruzó la habitación dirigiéndose hacia el amplio ventanal. Se detuvo por unos segundos a apreciar la vista de la ciudad que tenía desde allí y luego abrió una de las ventanas laterales con el fin de dejar salir el humo de cigarrillo. De manera inmediata la habitación se inundó con una avalancha de sonidos de la calle.

—Esta ciudad es desesperante— exclamó John Nino desde el otro lado de la habitación mientras se balanceaba en su silla.

—¿No son todas iguales ahora?— Respondió Sam mientras encendía su propio cigarrillo.

—Quizás sí, pero esta tiene una atmósfera particularmente irritante. Escucha eso: es una sirena. ¿Como es posible que siempre este sonando una sirena en la calle? ¿Cuántas ambulancias y patrullas pueden haber aquí? Es de locos.

Sam apenas prestaba atención a John. Se encontraba absorto en la visión de la ciudad. Las calles abarrotadas, los edificios, los cerros haciendo las veces de una gran muralla verde y por sobre todas las cosas el Anillo. Allí estaba como siempre: gigantesco, inmutable, cruzando los cielos de oriente a occidente.

—¿Crees que sea seguro hablar aquí? —Pregunto John con su acento indescifrable, muestra de una vida andariega y su desarraigo por cualquier lugar.

—Tan seguro como cualquier otro —Contestó Sam sin despegar la mirada de la ventana— Nos gastamos una fortuna en un dispositivo que anula cualquier mecanismo de espionaje. Por supuesto que en algún lugar del mundo alguien ya debe haber desarrollado un sistema que contrarresta el nuestro, así que tendremos que botarlo a la basura y empezar de nuevo. Pero no dejes que esto te detenga, yo lo considero razonablemente seguro.

—Bueno, en ese caso déjame decirte que ya hemos asegurado cuatro de los seis votos necesarios— John no podía evitar mostrar una sonrisa de satisfacción.

—¿De quien son los dos votos que faltan?

—Los dos de siempre. No hay verdadera razón para preocuparse, solo les gusta hacerse los difíciles. Quieren obtener un poco más que la última vez. Les daremos

alguna pequeña migaja y seguro cambiaran de opinión. Es un hecho: Obtendremos nuevamente la presidencia del Concejo. No hay duda de eso.

Sam parecía estar en otro lugar. Apenas si se movía mientras su cigarrillo se consumía lentamente entre sus dedos, dejando como toda evidencia de su existencia una columna de ceniza.

—Sabes algo John, estoy comenzando a sentir dudas sobre todo esto.

—Te dije que no hay razones para preocuparse, si se ponen muy difíciles podemos ofrecerles uno de los contratos de...

—No! — Grito Sam. Al agitar su mano había ocasionado una pequeña tormenta de ceniza que rápidamente se disipo. —No hablo de eso. Hablo de....del Anillo...del Consejo...hablo de todo.

John se puso de pie. Su expresión de eterna confianza se había menguado un poco.

—¿De que estas hablando? ¿Te das cuenta de lo que sucedería si alguien te escuchara hablar así?

—¿Es que nunca te preguntas nada sobre el Anillo, John? ¿De donde vino?, ¿porque esta aquí?, ¿quien lo habita?, ¿No te torturan esa clase de preguntas?

John aplasto parsimoniosamente su cigarrillo

—No, Sam. No me torturan. Se todo lo que necesito saber sobre el Anillo. Se que no es hostil porque ya nos habría barrido del planeta. Se que es una fuente de información aparentemente infinita y prácticamente gratis que...

—¿Gratis? Nos pidieron deshabitar Australia, causando el más grande movimiento migratorio de la historia.

—Esta bien. Me exprese mal. Nos han pedido hacer algunas cosas pero piensa en esto: ¿que son en comparación con toda la información que nos han dado? Nos han llevado a una nueva edad dorada y nosotros estamos sentados a la cabecera de todo ello. ¿No te das cuenta? El poder que tenemos al manejar este Concejo no se compara a nada que haya existido en a historia. Tenemos acceso directo a toda la información del Anillo.

Sam cerró la ventana con fuerza ahogado así los sonidos y los olores de la ciudad. Ahora parecía más confundido que antes.

—John, siento que esta relación de dependencia con el anillo nos esta asfixiando como especie. Toda nuestra investigación técnica y científica va en declive porque siempre es más fácil preguntarle al Anillo.

—¡Dependencia? No, no. De ninguna manera —Ahora John usaba su tono más conciliador— Yo lo veo más como una simbiosis, una que quizás no alcanzamos a comprender, pero simbiosis al fin y al cabo. Nos han dado información que nos hubiese tomado décadas y montañas de dinero alcanzar. Nos han dado ideas que

no se nos hubieran ocurrido nunca. ¿No sabíamos como lograr una fusión controlada? No hay problema, el Anillo nos dio instrucciones detalladas de cómo hacerlo. ¿Como lograr materiales superconductores a temperatura ambiente? El Anillo tiene la respuesta. ¿Entiendes lo que quiero decir? ¡Es como buscar las respuestas al cuestionario al final del libro de texto!

Sam daba ahora la espalda al ventanal como tratando de evitar la visión del Anillo

—Contéstame algo John, cuando miras hacia el cielo, ¿no te sorprendes de que un gigantesco anillo este orbitando la Tierra? ¿No crees que es un hecho lo suficientemente bizarro como para que nos detengamos a pensar en lo que esta sucediendo, en lo que estamos haciendo?

—Eso que dices me recuerda algo. Hace unos meses regrese a casa después de un viaje largo. El pequeño Mike estaba muy ansioso de verme. A veces siento pesar por el, no puedo estar en casa todo lo que debería. Pero en fin, el asunto es que traía en su mano una hoja de papel con un dibujo que había hecho. ¿Has visto esos dibujos típicos que los niños de 3 o 4 años siempre hacen? Ya sabes, una casita formada por una cuadrado y un triangulo, unas montañas verdes atrás y un solcito con una cara sonriente al lado de unas nubes. El hecho es que había algo en este dibujo que me llamo inmediatamente la atención. Por debajo de las nubes había dibujado una franja negra que iba de lado a lado del papel. ¿Entiendes lo que digo? Para un niño que nació después de la llegada del Anillo su presencia es algo tan natural como las montañas o el sol. Para él es simplemente parte del paisaje, algo ya asimilado. Nosotros deberíamos aprender de ellos y hacer lo mismo.

—Pero nosotros sabemos bien que el anillo no es algo natural. Existe una inteligencia detrás de el. Alguien lo creo, alguien lo opera. Pero se niega a dar la cara, se niega a dar respuestas sobre si mismo.

—Oh vamos— John comenzaba a sentirse cansado — Esta bien, no nos dicen nada sobre ellos pero si nos dicen todo lo demás. No se puede ir por la vida tratando de racionalizarlo todo, hay ciertos hechos que tenemos que aceptar y punto. Por ejemplo: Tenemos cinco dedos en cada mano, tenemos que ir al baño, la velocidad de la luz es la velocidad límite. Esas son las cosas con las que tenemos que vivir. No las cuestionamos, las aceptamos. Es igual con el Anillo. Llego aquí un día y no podemos hacer nada al respecto, solo tratar de sacarle el mejor provecho mientras sea posible. Y déjame decirte algo, con la posición que tenemos dentro del Concejo estamos haciendo precisamente eso. Estamos en la cima de nuestras carreras y si eres incapaz de ver lo que eso significa entonces estas perdido. No se de donde vienen estas dudas pero si se que este es un muy mal momento para

tenerlas. Estamos a punto de consolidar nuestro poder. Yo no entiendo tu actitud, yo no...!bah;

John levanto sus manos como en señal de derrota y volvió a su silla— Sabes algo —continuó— Desde que te conocí, siempre note esta faceta tuya que podríamos llamar existencialista, a falta de una mejor palabra. Solo que ahora es muy mal momento para que salga a flote, créemelo.

—¿Recuerdas que estabas haciendo el día que apareció el Anillo?— Preguntó Sam intempestivamente.

—¿Que?...el Anillo...bueno...déjame ver... ¡Oh! si estaba hospitalizado por mi problema pulmonar. Me lo ocultaron por algunos días porque temían que la noticia me alteraría. Es eso lo que recuerdo. ¿Y tu?, ¿donde estabas tu?

—Yo estaba en la Universidad y tenía rentado un pequeño apartamento en un viejo edificio del centro. Ese día no tenía clase hasta la tarde pero de todas formas me levante temprano para estudiar mis notas y leer un poco. Encendí la radio para sentirme acompañado, pero en lugar de mi programa habitual de música me encontré con un hombre hablando rápidamente. No podía entender lo que decía, las palabras se atropellaban en su boca. Intente con varias emisoras pero todas estaban más o menos igual. En ese momento supe que algo grande había pasado. Apague el radio y miré por una de las pequeñas ventanas hacia la calle. No pude ver nada extraordinario pero inmediatamente percibí en el tráfico y en la gente que la ciudad estaba diferente. Salí corriendo hacia las escaleras del edificio y me dirigí hacia la terraza. Fue algo como...instintivo. Cuando abrí la puerta de la terraza, allí estaba cruzando el cielo de extremo a extremo. La experiencia de ver un objeto tan masivo y el saber que no es de origen humano es algo tan aterrador que aun hoy me día me perturba. En ese momento solo pude tenderme en el suelo boca arriba y llorar. Si John, ese día llore como un pequeño niño perdido mientras veía el cielo partido en dos.

30 Años Después.

*La oscura noche ha caído
Aunque yo no te vea
Se que siempre nos observas*

Un hombre cansado, sentado al borde de la cama en una habitación de hotel, disfruta de los últimos segundos de vida de su cigarrillo con la mirada puesta en el vacío. Una cortina entreabierta permite la entrada de una luz intensamente amarilla

característica de esa época del año. Una mujer dormida y casi desnuda yace en la cama.

Daniel Keidos se puso de pie y caminó con lentitud hacia la ventana. Sin correr demasiado la cortina dio un rápido vistazo a la calle. Lo que vio fue la tradicional imagen de un día caluroso en la ciudad. El tráfico más lento y pesado de lo usual, los peatones caminando con evidente incomodidad bajo el sol picante. Una sensación generalizada de pesadez, como si la ciudad entera se resistiera a funcionar bajo un clima que no es el suyo y que no compagina con el color gris predominante de calles y edificios ni con la arquitectura más bien sombría e introvertida.

Por encima de todo aquello estaba, por supuesto, el Anillo. O al menos la porción de este que era visible desde allí. Aquella imagen le trajo desagradables recuerdos mezcla de amargura con arrepentimiento. “¿como fui capaz?” —Se preguntó Daniel.

Al percibir movimiento detrás de él se dio media vuelta con rapidez.

—Veo que por fin te despiertas— dijo Daniel con una cierta alegría y su característica voz ronca.

La figura de Daniel se recortaba contra la luz que lograba atravesar la cortina. Era un hombre delgado, más cercano a los cincuenta que a los cuarenta. Su apariencia general no revelaba toda su edad, pero si mostraba un hombre descuidado y hasta cierto punto desilusionado.

—¿Que hora es? — Dijo la mujer una vez se hubo despedido.

—Es cerca del medio día— Contestó Daniel —mientras le dedicaba una concienzuda mirada. “¿Como es que escojo a mis mujeres?”. Es algo que Daniel se había preguntado muchas veces sin llegar a una respuesta definitiva pero comenzaba a sospechar de una cierta tendencia hacia las mujeres caprichosas y dominantes.

—¿En que piensas?— Pregunto la mujer, quien se había incorporado sobre la cama y ahora se concentraba en recoger su largo cabello negro en moño.

—En nada....— Daniel vaciló.

—Carol. Te dije ayer que mi nombre es Carol.

—Ya lo se...ya lo iba a decir...es solo que...no soy bueno con los nombres.

Daniel no se sentía capaz de apartar la mirada de ella, como tratando de imprimir esa imagen en su cerebro de manera permanente. Carol era sin duda alguna una mujer muy bella. Allí, sentada sobre la cama, absolutamente concentrada en su labor, parecía sobresalir con respecto a la habitación dándole a esta un aspecto irreal, como si se tratara de un escenario falso creado únicamente con el único propósito de su encuentro.

—¿Que estas haciendo?— Preguntó ella con un cierto gesto de molestia.

Daniel tapaba y destapaba repetidamente su oído derecho mientras mantenía su cabeza ladeada.

—Durante los últimos días he tenido la sensación de que escucho menos por este oído, como si estuviera tapado. Probablemente no sea nada. Frecuentemente imagino enfermedades, aunque no por ello debo bajar la guardia. Es difícil distinguir una enfermedad real de una imaginaria...al menos al principio.

—Entonces los sonidos que escuche esta mañana, ¿eran nauseas imaginarias?

—¿Escuchaste eso? Lo lamento. Algunas veces siento nauseas al principio del día. He llegado a concluir que es la reacción natural de mi cuerpo al tener que enfrentarse con un nuevo día. Es como un paciente que rechaza un órgano implantado, solo que lo que mi cuerpo rechaza la realidad entera.

—¿Siempre tienes explicaciones tan complicadas para todo?

—Para casi todo. Un mundo complicado amerita explicaciones complicadas. ¿No lo crees así?

—No. Yo creo que un mundo complicado amerita un cambio de actitud. El mundo es como lo haces.

—Daniel pensó en varias respuestas cínicas a la observación de Carol, pero realmente no fue capaz de decir ninguna de ellas. Los dos permanecieron en silencio mientras el ruido de la ciudad les llegaba atenuado como en pequeñas olas. Fue Carol quien finalmente rompió el silencio.

—¿No tienes que trabajar hoy?

—No. Estoy de vacaciones.

Carol hizo una pausa de unos cuantos segundos como esperando que le devolvieran la pregunta. Como esta nunca llegó, se lanzó con otro interrogante. No por verdadero interés, solo por llenar el rato.

—He visto tu cara antes en algún lado. Eres una especie de político, ¿verdad?

Daniel se retiró de la ventana y se sentó en una silla en una de las esquinas de la habitación.

—Casi. Soy lo que algunos llamarían un tecnócrata. Lo que no es sino otro de esos términos para designar personas que, como yo, no somos especialistas en nada.

—¿Y que es exactamente lo que hace un “no especialista” como tu?

—Soy un miembro del Concejo del Anillo.

Carol no pareció impresionada. Casi inmediatamente preguntó:

—Supongo entonces que conociste al famoso Sam Abranoff. ¿Verdad?

—Así es. Cuando me vincule con el Concejo el ya había cedido la mayoría de sus funciones, sin embargo aun lo supervisaba todo y conservaba una gran influencia. No es fácil entender porque se suicido, pero siento que ahora empiezo a entenderlo. Nunca se sabe que demonios persiguen a un hombre.

Carol descendió de la cama con extremo cuidado. Primero apoyó, con suma lentitud, un pie sobre la alfombra como si estuviese esperando que el suelo se desmoronara al más mínimo contacto. Luego, al ver que no había peligro, apoyó el otro con más seguridad. Daniel no podía dejar de sentirse encantado viendo toda aquellos movimientos teatrales que sin duda no tenían otro objetivo que el de llamar la atención. Carol se detuvo durante algunos segundos como para dar mayor realce a sus movimientos previos y luego se dirigió hacia la esquina donde Daniel se encontraba.

Se detuvo a tan solo unos pocos centímetros de el y desde su metro setenta de estatura lo miro fijamente con una sonrisa un tanto burlona. Después de unos segundos Daniel se sintió bastante incomodo.

—¿Que ocurre?

—Estas sentado sobre mis ropas.

Carol volvió a la cama con sus ropas hechas un pequeño rollo. Las tendió sobre la cama tratando de alisarlas un poco— Dime algo, ¿que es lo que te hace sentir tan mal? ¿Tiene que ver con tu trabajo?

Daniel consideró su respuesta durante algunos segundos.

—Mi principal problema radica en que no me siento feliz en ninguna parte. Cuando estaba aquí, creí erróneamente que estando allá sería feliz. Estaba muy equivocado. No era sino la típica fantasía de que uno si va a poder ser feliz en algún otro lugar. ¿Sabes algo? Es una fantasía muy entupida pues uno es el mismo en cualquier lugar. Cuando me di cuenta de mi error, no veía la hora de regresar. Pero ahora, estando de regreso, siento que me traicione a mi mismo y de paso, quizás, a la humanidad.

Carol había dejado de alisar sus ropas y ahora miraba a Daniel con profunda extrañeza

—¿De que hablas? No entiendo una sola palabra.

Daniel mantuvo la mirada en el piso mientras respondió— Yo pase dos años de mi vida en el interior del anillo.

Carol levanto la mirada y torció su boca en un gesto infantil— Ni siquiera sabía que eso era posible.

—Hasta el momento he sido el único ser humano al que se le ha permitido hacer eso.

—Daniel se permitió una tímida sonrisa de satisfacción – Ni siquiera al gran Sam Abranoff, con todos sus años a cargo del Concejo, le hicieron semejante ofrecimiento.

—¿Los conociste? Quiero decir a los habitantes del Anillo. ¿Pudiste verlos? – Ahora Carol parecía entusiasmada.

—No, nunca los vi. Nadie los ha visto. Todo el tiempo que estuve allí me entendí únicamente con sus intermediarios. Especialmente con uno de ellos que se hacía llamar Noswil. Por alguna razón que nunca entendí, todos ellos tenían características marcadamente humanas, pero era sobre todo Noswil el más desconcertante. Siempre mostraba una arrogancia y un exceso de confianza que eran más que evidentes sin necesidad de que abriera la boca. Mantenía una cierta sonrisa burlona tan molesta que yo....bueno...yo experimente un cierto gusto el día que lo destruí.

Carol estaba ahora casi vestida y hacia maromas para hacer entrar sus ajustadas botas en sus pies un tanto hinchados por el calor. Al escuchar la última frase de Daniel se detuvo por completo.

—¿A que te refieres? ¿Eran maquinas estos intermediarios?

—Nunca estuve seguro. Aquel día, faltaba muy poco para mi regreso a la Tierra, tuve una discusión teórica con Noswil. Es curioso, no recuerdo cual fue el punto de la discusión. Lo que si recuerdo es que yo estaba bastante ofuscado y en un momento el me retó a que lo golpeará. No lo pensé dos veces, tomé uno de las esculturas decorativas que estaban cerca y lo golpeé con fuerza en la cabeza. Lo siguiente que vi, cuando me acerque a su cuerpo tendido en el suelo, fue que la mitad de su rostro había desaparecido y de su cráneo brotaba una sustancia azul oscura. Eso era todo. No había partes mecánicas ni nada de apariencia organica. Supongo que todo su cuerpo estaba lleno de ese líquido. Unos momentos después aparecieron dos de sus compañeros y se lo llevaron. Nunca hubo ningún tipo de represalia o mención del tema y jamás lo volví a ver excepto, por supuesto, en mis sueños...o debería decir pesadillas.

Carol parecía ahora lista para marcharse con su bolso colgado en uno de sus hombros.

—Escucha, debo irme ya pero antes me gustaría saber que demonios era lo que hacías allá arriba.

—Bueno, quizás podríamos ir a almorzar al centro y así podría contarte en detalle.

—No —fue la tajante respuesta de Carol— No puede ser. Me tengo que ir. Quizás podamos vernos otro día, pero no te ilusiones. He visto a muchos hombres sufrir porque se obsesionan. Obsesionarse no es buena idea, solo vive el momento.

Daniel hizo un gesto de resignación y se echó hacia atrás en su silla. Con la mirada puesta en la ventana comenzó su explicación.

—Desde su llegada, el Anillo nos ha dado toda clase de información técnica y científica. Hace unos años manifestaron al Concejo su preocupación porque aunque estaban impulsando nuestro desarrollo tecnológico estaban haciendo muy poco por nuestra organización social. Sugirieron que podrían desarrollar un sistema de inteligencia artificial capaz de evaluar todas las variables para dar instrucciones sobre como gobernar una sociedad. Necesitaban de un ser humano para ajustar algunos de los parámetros de este programa a las sutilezas propias de nuestra especie. Ese humano fui yo.

Daniel hizo una pequeña pausa pero Carol no dijo nada.

—Dentro de unos años —continúo Daniel— todas las ciudades del mundo estarán gobernadas por este sistema. Nos dirán como invertir los recursos, que construir, cuando construir, que producir...todo!. Un nuevo escalón en nuestro proceso de dependencia...y en parte...gracias a mi. Todo lo opuesto de lo que siempre había defendido dentro del Consejo.

—¿Es eso lo que te atormenta? No veo nada de malo en ello. El Anillo ha hecho mucho por nosotros. Toda la información que nos ha dado ha sido de una ayuda magnífica. ¡Que importa si nunca hemos visto a sus habitantes! El anillo es para mí prácticamente como...como un dios. Solo que un dios visible, no como los otros.

Daniel dejó ver una amplia sonrisa – Como me gustaría ver el mundo con tus ojos. Realmente me gustaría poder hacerlo pero creo que se dañó la parte de mi cerebro que me lo permitía.

—Sabes algo —Dijo Carol— eres un poco gracioso. Pero en verdad debo irme. Adiós.

Mientras Carol caminaba hacia la puerta, Daniel pudo por algunos segundos ver la verdadera dimensión de aquella mujer. La vio como un complejo mecanismo andante, una intrincada red de válvulas, poleas y pistones trabajando al unísono gobernada por una tarjeta con un circuito integrado. Una maquinaria que solo existía para complacerse a si misma, incapaz de conectar con cualquiera de los simples seres de carne y hueso que le rodeaban.

Daniel contempló como la maquinaria cruzaba la puerta sin titubear. A medida que se alejaba por el pasillo, sus característicos sonidos se hacían más y más débiles hasta que solo reino el lejano ruido de la ciudad.

—Adiós —fue todo lo que Daniel pudo murmurar.

300 años después.

*La montaña es verde
El cielo es azul
Negro el reflejo del Anillo en mi corazón.*

María tenía por delante la pradera que tantas otras veces había recorrido. Un camino de forma irregular, resultado de las constantes pisadas de los caminantes, se había formado desde hace algún tiempo y ella se decidió a seguirlo.

El sol se encontraba en su punto más alto y sin embargo la temperatura era bastante agradable. El cielo, de un azul muy oscuro, se hallaba casi perfectamente despejado salvo por un pequeño grupo de nubes que se aproximaban perezosamente desde el norte.

La visión de un cielo sin el Anillo siempre causaba en María un cierto sentimiento de desasosiego. La hacía sentirse desprotegida y temerosa. Por eso durante aquellas caminatas prefería mantener su vista sobre la pradera mientras detallaba las diferentes plantas que crecían allí.

Llamó su atención un arbusto mediano con flores rojas a unos cuantos metros del camino. La colorida planta resultaba bastante notable pues la mayoría de flores que crecían en las cercanías eran amarillas o blancas. María estaba segura de nunca haber visto aquel tipo de planta, lo que le parecía muy extraño dada la frecuencia con la que caminaba por aquella pradera. Sin embargo cabía la posibilidad de que nunca hubiese estado en aquella zona específica, después de todo la pradera era un sitio muy grande.

—Hola.

María se sobresaltó al escuchar aquella voz pues se creía sola en la pradera. Giró inmediatamente y se encontró con Icho, su compañero.

—¡Que susto me has dado!

—Lo lamento, no era mi intención.

María aun tenía la respiración agitada.

—¿Que haces aquí? Creí que no te gustaba venir a la pradera.

—No me gusta, pero me sentía tan aburrido que decidí venir a ver lo que hacías.

—Ya veo. Pues lo que hago es básicamente caminar y mirar las plantas, no es mucho en realidad.— Contestó María sin mostrar mayor interés.

—Entiendo. Icho había tomado desprevenidamente una de las flores rojas arrancándola de la planta. De su tallo comenzó a fluir inmediatamente una sustancia azul oscura.

—¡Mira eso! – Exclamo Icho. Nunca había visto nada igual. ¿Tu si?

María se acercó al tallo con cierta prevención. – No, jamás.

—Te atreverías a tocar el líquido azul? – Pregunto Icho.

—Preferiría no hacerlo.

Icho tampoco se atrevió a tocarlo. Solo miraba el líquido fluir con una cierta expresión de asco. – ¿Crees que las plantas reales también estén rellenas de ese líquido azul?

María se tomó un tiempo para responder.

—No estoy muy segura. A decir verdad, creo que nunca he visto una planta real.

Icho quiso recordar cuando fue la última vez que estuvo en un ambiente natural. En su mente apareció una imagen muy vívida de él siendo un niño, seis o siete años, corriendo a través de un bosque de pinos. Por un momento se sintió transportado a aquel lugar, con la luz del sol filtrándose con dificultad a través de los árboles y la gruesa capa de agujas secas que cedía con suavidad ante cada pisada suya. Pronto se dio cuenta que aquel niño no podía ser el mismo y que la imagen que recordaba correspondía a una de las Senso-Ramas transmitidos unos meses atrás. Decidió que le era imposible recordar con exactitud el momento exacto que buscaba, así que dejó de intentarlo.

Un pitido agudo y un tanto molesto comenzó a zumbear en el oído derecho de María e Icho.

—Se está acabando el tiempo, debemos regresar. —dijo María.

Icho asintió lentamente con la cabeza y a continuación María empezó a mover sus dedos como si estuviese manipulando algún mecanismo invisible en frente de ella. Por un momento todo se volvió oscuridad y cuando María abrió nuevamente sus ojos se encontró en su casa-de-una-sola-habitación y aun conectada al sistema de Senso-Rama. María realizó el siempre tedioso proceso de desconectar el complejo sistema de cables que llevaban información a diferentes partes de su sistema nervioso. Icho ya estaba terminando y se ponía de pie al lado suyo. Por alguna razón siempre volvía a la conciencia más pronto que ella.

—¿Sabes algo? —comenzó Icho— estoy empezando a pensar que los tiempos limitados de uso del Senso-Rama son muy injustos. Quisiera usarlo más tiempo. Si no fuera por esa regla lo usaría todo el día. Me aburro mucho aquí.

María desconectaba los últimos cables y ya se ponía de pie. Afuera era de noche y una fuerte lluvia castigaba las ventanas de la casa-de-una-sola-habitación. La luz blanquecina proveniente de la Luna iluminaba levemente algunos de los edificios vecinos mientras que en el cielo se reflejaba sobre la superficie del Anillo, dándole un cierto fulgor sobrenatural.

María cruzó hacia el otro extremo de la habitación y de un cajón empotrado en la pared extrajo una bata oscura que usó para cubrir rápidamente su cuerpo desnudo. Inmediatamente se dirigió a Icho.

—Si el Anillo establece que solo debemos usar el Senso-Rama por un tiempo limitado es por una buena razón. Probablemente no quieren que nos convirtamos en adictos a él. Cuando el Anillo dice que algo es bueno es porque es bueno para nosotros.

—¿Como van a saber lo que es bueno para nosotros si nunca salen del anillo? ¿Puedes explicarme eso?

Ahora María plegaba el sistema de Senso-Rama en la pared para ganar algo de espacio.

—El anillo ha cuidado de nosotros desde hace...— María quiso calcular el tiempo que había transcurrido desde la llegada del Anillo a la tierra, pero le fue imposible— ...bueno...mucho tiempo...quizás miles de años. ¡Claro que saben lo que es bueno para nosotros!

Fue Icho esta vez quien se dirigió a su cajón para buscar algo de ropa. Regresó al lado de María con una bata roja sobre su cuerpo.

—De cualquier modo yo me siento muy aburrido.

—El aburrimiento es un problema de actitud —replicó María con un aire de suficiencia— Si te sientes aburrido todo lo que debes hacer es buscar alguna actividad que entretenga tu mente. Por ejemplo, a mí me gusta cambiar nuestros muebles de lugar. ¿No lo has notado? Lo hago constantemente. Eres tan poco observador.

A continuación María tomó uno de los livianos y asimétricos muebles y lo llevó hasta el otro extremo de la habitación ubicándolo en una esquina. El que estaba en esa pared fue arrastrado hasta el centro de la habitación. María continuó con estos cambios durante varios minutos más pero parecía seguir estando insatisfecha.

—No puedo creerlo —exclamó molesta consigo misma— estas posiciones ya las había probado antes. ¿Como puedo darle un nuevo aire a nuestra casa-de-una-sola-habitación si no puedo organizar nuestros muebles de una forma novedosa?

—Tal vez necesitamos nuevos muebles —contestó Icho sin demasiado convencimiento.

—¡No! No necesitamos nuevos muebles. Ya tengo la solución.

María se acercó a una de las paredes y tras manipular unos controles emergió del techo una pantalla. María la toma con sus manos y acercándose a ella dijo:

—Anillo, por favor indícame una nueva forma de organizar los muebles de nuestra casa-de-una-sola-habitación.

Casi inmediatamente apareció en la pantalla una imagen mostrando una nueva distribución de los muebles dentro de un cuadrado que representaba la casa de María e Icho. A María le pareció una forma realmente novedosa de arreglar los muebles, o cuando menos, no recordaba haberlos puesto alguna vez de esa manera.

Con gran alegría María se apresuró a cambiar de posición los muebles de acuerdo a las indicaciones de la pantalla. De cuando en cuando tenía que revisar la imagen para asegurarse que estaba siguiendo las instrucciones como se le indicaba.

—Esto no me divierte para nada – dijo Icho con tristeza – creo que iré a visitar a Hank.

María detuvo por completo su frenética actividad de organización de muebles.

—¿Has seguido conversando con ese hombre? Creí haberte dicho que no me gustaba que lo hicieras. Es un hombre muy extraño. Solo habla locuras.

—No son locuras. Él solo dice cosas... —Icho se esforzó buscando una palabra – ... diferentes.

Ahora María parecía furiosa. Su cabello ya no parecía tan rojo en comparación con su rostro y prácticamente gritaba.

—Ese hombre habla muchas irrealidades acerca del anillo. Tú sabes que al Anillo no le gustan las irrealidades.

Icho se sentía realmente incomodó y se lamentó por haber mencionado el tema. Mantenía la mirada fija en la esquina donde se hallaba plegada la maquina de Senso-Rama. Deseó estar conectado allí para poder recorrer todos aquellos fantásticos lugares. “Si no fuera por la restricción de tiempo, permanecería conectado todo el día” —pensó— “solo me desconectaría para ir al baño y para comer”. Luego empezó a imaginarse que podría evitar esas dos interrupciones usando algún sistema de tubos que se encargaría de ingresar alimentos y sacar desechos de su cuerpo. Por un momento la idea fue tomada forma en su mente y logro verse a si mismos sentado en el Senso-Rama y rodeado de tal cantidad de tubos, entrando y saliendo de su cuerpo, que apenas era reconocible su figura. De vuelta a la realidad. María continuaba hablando sin parar. Ahora estaba diciendo que Hank era un Anti-Anillo. Icho sintió la necesidad de intervenir.

—Ahora tu estas diciendo irrealidades. Hank no es un Anti-Anillo. El solo piensa que no deberíamos depender tanto del Anillo. Es más divertido cuando tratamos de hacer las cosas por nosotros mismos. Además hubo una época en la que el Anillo no existía y nosotros teníamos que...

María lo interrumpió.

—¡Claro que hubo una época en la que no existía el anillo!. Y casi no sobrevivimos. ¿Te imaginas tener que tomar decisiones todo el día? ¿Y que hay de los gobernantes? Tenían que tomar decisiones que afectaban a millones sin tener el más mínimo criterio. Prueba y error: ¡Eso era todo lo que tenían! A mi no me gustaría vivir en un mundo así. El anillo nos quito ese gran peso de encima y ahora podemos dedicarnos a disfrutar de la vida. ¡Ni siquiera tenemos que trabajar!

Icho se sentía muy confundido. Ya no sabía que pensar. Comenzó a hablar de manera titubeante.

—Yo no se que es real y que es irrealidad. Solo se que hay muchas cosas que no entiendo. Por ejemplo: ¿porque, si nuestra población es cada vez más baja, tenemos que vivir en estas casas-de-una-sola-habitación? Si ahora hay más espacio disponible, ¿no deberíamos vivir en sitios más grandes? Si el anillo sabe tanto de nosotros, ¿Por qué se tardo tanto para detener la gran peste de hace diez años? Cosas como esas me hacen pensar mucho.

—Veo que ese Hank ha logrado contaminar tu mente —dijo María visiblemente decepcionada— Ya tuve bastantes irrealidades por hoy y me duele la cabeza. Me iré a dormir.

Icho vio como María se retiraba al extremo de la casa-de-una-sola-habitación y comenzaba a desplegar su colcha-para-dormir. Afuera la lluvia continuaba y no daba señas de que fuera dar una tregua en toda la noche. A él le gustaba dormir con el sonido de la lluvia arrullándolo. Sin embargo esa noche no se sentía con deseos de ir a la colcha-para-dormir. Algo había cambiado. Siempre le divertía escuchar las ideas de Hank porque le parecían diferentes pero ahora estaba comenzando a pensar que podría haber algo más. Comenzaba a percibir una gran realidad que se había escapado a sus ojos todos estos años. Al mirar a través de la ventana, apenas si podía verse algo del exterior. Sin embargo pudo sentir la presencia del Anillo, y esto le causó mucho temor.

A la siguiente mañana María despertó de manera abrupta. Aun sentía un ligero eco del dolor de cabeza de la noche anterior. “Sin duda que el Anillo me dirá como deshacerme de este malestar” —pensó.

María se incorporo y en el tiempo que toma buscar a alguien en una casa-de-una-sola-habitación, se dio cuenta que Icho no estaba. Aquello era algo extremadamente inusual y María tuvo el fuerte presentimiento de que no volvería a Ver a Icho nunca más.

3000 años después.

*Los árboles se mecen
La Tierra se transforma
El Anillo Permanece*

Número 1 descendió del vehículo con su acostumbrado andar lento. Muy de cerca, pero manteniendo una respetuosa distancia, le seguía Número 2. Caminaron sin prisas hasta alcanzar el borde de la meseta. Ante ellos apareció una magnífica visión del Gran Valle. En el horizonte era posible apreciar una inmensa cadena montañosa que a, pesar de la distancia, parecía imponente. En lo alto del cielo, eclipsando buena parte de los rayos del sol de medio día, se encontraba El Anillo.

—¿Ves lo que hemos hecho Numero 2? Hemos ganado un mundo, aunque para lograrlo tuvimos que sacrificar a la humanidad. Un hecho triste, pero necesario.

—Gran verdad en sus palabras, mi señor. Sin embargo he de observar que, a pesar de que les cortamos cualquier comunicación con el Anillo, algunos se las han arreglado para sobrevivir hasta ahora.

—Eso es cierto mi amigo y no esperaba menos de ellos. Aun existen, pero han perdido toda iniciativa y toda organización. En una palabra: su humanidad. Han regresado a su estado natural de cazadores-recolectores en el cual no representan ningún peligro, en especial para ellos mismos. Y he aquí la belleza del Anillo que nos enseñó a ganar un mundo sin destruirlo. Solo tuvimos que arrebatarnos su cultura. Hemos aguardado con paciencia mientras lentamente se erosionaba su resistencia, su voluntad. La espera bien ha valido la pena pues he aquí nuestra recompensa. Bendito sea el Anillo

—Bendito sea— contestó casi instantáneamente Número 2.

En silencio contemplaron el magnífico paisaje una vez más, mientras que el viento generaba un suave silbido al ascender por la pared de la meseta. Número 1 se dio media vuelta y emprendió su caminata de regreso al vehículo. De repente se detuvo bruscamente como si hubiera recordado algo de improviso.

—Numero 2, quiero encomendarte una tarea muy importante. Los humanos podrán vivir con libertad en este mundo. Les permitiremos moverse sin restricción y aprovechar cualquiera de los recursos de esta gran Tierra. Sin embargo existen algunos conocimientos que les estarán vedados. Si por alguna razón ellos re-descubren la agricultura, la cría de animales o alguna técnica similar, entonces tu deberás intervenir. Si se alejan de su estado natural entonces deberás suprimir a los individuos o grupos que representen un peligro. No olvides esta, la que es quizás tu más importante misión.

—No la olvidare, mi señor.

Dicho esto continuaron su camino hacia el vehiculo. Segundos después se elevaban hacia su hogar en el cielo.

FIN

Relato ganador del II Concurso Coyllur de Ciencia Ficción
Organizado por la Asociación Peruana de Ciencia Ficción, Terror y Fantasía
2006